

LA PASCUA Y EL ESPIRITISMO

La palabra Pascua tiene su origen en el hebreo *Pesaj*, que significa “paso” o “liberación”. En la tradición hebraica, conmemora la salida del pueblo de Israel de la esclavitud en Egipto, bajo la conducción de Moisés, constituyéndose en símbolo permanente de liberación y esperanza.

Asimilada posteriormente por el cristianismo, la Pascua adquiere un sentido más profundo: representa la liberación espiritual del ser humano. A través de las enseñanzas de Jesús, el hombre es llamado a liberarse de sus “pecados”, entendidos, a la luz del Espiritismo, como errores morales y desviaciones de la Ley Divina.

En el lenguaje simbólico del Evangelio, Jesús de Nazaret es presentado como el “Cordero de Dios”. En Evangelio de Juan (1:29), se lee: “*He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*”. Esta expresión, sin embargo, debe ser comprendida en su contexto histórico y simbólico. En la antigüedad, el sacrificio de corderos formaba parte de los ritos religiosos; de ahí que el evangelista utilice esa imagen para referirse a Jesús.

No obstante, el Espiritismo nos invita a superar la interpretación literal del sacrificio expiatorio. Dios no exige sacrificios humanos, ni la muerte de su Enviado para perdonar a la humanidad. Jesús no vino a ser sacrificado para redimirnos, sino a enseñarnos el camino de la verdadera liberación. Su vida, y no su muerte, es el modelo.

En este sentido, la “salvación” adquiere un significado diferente. Según la enseñanza de Emmanuel, este término puede entenderse como “reparación” y “reajuste” del espíritu ante la Ley Divina (Referencia no verificada). No se trata de una conquista automática ni de un privilegio concedido, sino de un proceso consciente de transformación interior.

Así, la salvación no es la entrada inmediata en un paraíso después de la muerte, sino la liberación progresiva de las imperfecciones que generan sufrimiento. Es la superación de nuestras propias obras negativas, construidas a través del egoísmo, la violencia, la indiferencia y el desequilibrio moral.

Y esa liberación solo es posible mediante la vivencia del amor. Como enseña Allan Kardec en *El Evangelio según el Espiritismo*, la verdadera caridad se expresa en: benevolencia para con todos, indulgencia para con las imperfecciones ajenas y perdón de las ofensas. Fuera de esta práctica, el espíritu permanece vinculado a las consecuencias de sus propios actos.

Desde esta perspectiva, la Pascua deja de ser una celebración puntual para convertirse en una vivencia cotidiana. El espírita comprende que la verdadera liberación no ocurre en una fecha determinada, sino en el esfuerzo diario por renovarse moralmente.

Renovarse es abandonar progresivamente al “hombre viejo”, aún apegado a valores materiales y a las convenciones superficiales, para dar lugar al “hombre nuevo”, comprometido con el bien, la verdad y la paz.

Es fácil, sin embargo, desviar el sentido profundo de esta fecha. La sociedad contemporánea tiende a reducir la Pascua a expresiones externas: símbolos comerciales, tradiciones gastronómicas o

simples reuniones sociales. Incluso ciertas prácticas religiosas pueden centrarse en aspectos formales, olvidando la transformación interior que el Cristo propone.

Más grave aún es restringir el respeto a Jesús a un solo día, mientras se descuida su enseñanza en la vida cotidiana. La verdadera irreverencia no está en lo que se come o se deja de comer, sino en la incoherencia entre lo que se profesa y lo que se vive: cuando no perdonamos, cuando herimos al prójimo, cuando dañamos nuestro cuerpo o cuando actuamos con egoísmo y desamor.

Por ello, cuando una institución espírita realiza acciones como la distribución de alimentos o incluso de huevos de Pascua a personas necesitadas, no está celebrando la fecha en su aspecto simbólico, sino practicando la caridad, llevando alivio y alegría a quienes más lo necesitan. Y esa es, en esencia, la vivencia auténtica del Evangelio.

La invitación, por tanto, es clara: hacer de cada día una Pascua íntima. Un paso constante de la ignorancia hacia la luz, del egoísmo hacia el amor, de la imperfección hacia el mejoramiento.

Solo así, mediante el esfuerzo perseverante en el bien, podremos experimentar la verdadera liberación del espíritu.

Feliz Pascua, en el sentido más profundo: el de la renovación interior.